
El encuentro con el feminismo*

Rossana Rossanda

En el prólogo de su libro *Anche per me* (También por mí), Rossana Rossanda, luego de referir los avatares de su militancia comunista, se refiere a su encuentro con el feminismo. Las páginas que siguen son un extracto de este prólogo. Luego de afirmar que todavía tiene “cuentas pendientes” con el movimiento de las mujeres, escribe lo siguiente:

Ya he escrito sobre mi encuentro con el feminismo,¹ a una edad en la cual mi abuela, si no es que mi madre, decidía vestirse de negro y se sumaba a esos seres asexuados que son las mujeres maduras. No puedo decir que ese encuentro me haya tranquilizado en el declinar hacia una sabia madurez; al contrario. Nada estaba resuelto en mi vida; al menos en aquello que más me apremiaba. Pensé alguna vez que hubiera querido ser sepultada con una bandera roja, porque aún son más las palabras fuera de uso de la Internacional; y no me importaba que a otros les pareciera ridículo. Sigue sin importarme, pero hoy me parece inadecuado, en mi generación política, ese rojo que para tantos, mucho más viejos, y algunos mucho más jóvenes, ha sido la vida y la muerte en un sentido estrecho. Nosotros somos los comunistas de la transición, sin revolución y sin los dramas de la revolución. Bujarin podía decirle a su hijo: “Cuando veas la bandera roja de nuestro país, recuerda que ese rojo está hecho también de mi sangre...” ¿Pero nosotros? Protegidos por esta descolorida y ya intoxicada democracia, ni siquiera hemos utilizado el tiempo que nos daba para reflexionar a fondo sobre lo que debíamos sacar de esa experiencia y de las revoluciones ocurridas, y del mismo convulsivo impulso hacia los cambios que maduró en el mundo en la

* Tomado del libro *Anche per me*, Feltrinelli Editore, 1989.

¹ Cf. la introducción a *Le altre* (Las otras), Bompiani, 1979.

segunda mitad del siglo. En la furia que se apodera de tantos comunistas formalmente matriculados por cambiar de nombre y zambullirse en las leyes “objetivas” de la empresa y del mercado, hay acaso un principio de realidad; hay el cansancio de perseguir lo que surge de los principios, y la poca gana de decirse que, por ello, pudo haberse convertido en una necesidad más madura y no en un residuo. Y quien, como yo, tiende a creerlo, tiene pocas fuerzas para un redescubrimiento del cambio de los sujetos y de los conflictos; me parece que todo está por hacer y que difícilmente lo harán los solitarios.

Todo ello, simplemente para decir que el nuevo feminismo, al tropezar con una mujer que tiene un modesto poder en un periódico, un no pequeño camino recorrido detrás de sí y que de vez en cuando es recibida, bien o mal, más a menudo bien que mal, por los media omnívoros, no se las veía con una figura de dimensiones comprometedoras, sino con una combatiente obstinada y en bancarrota. A la cual sólo le faltaba la sensación de haber perdido otra cita, aquella con las mujeres, para completar el cuadro de la crítica de sí misma... pero eso es quizás un melindre, inducido por mi inclinación a la queja. (“Pero si eres una gaviota que está bien a solas en la tempestad”, me dijo alguna vez un interlocutor fastidiado, evocando la imagen de ese pájaro que yo, como mujer de mar, sé que es más bien agitado y quejumbroso que romántico.) Ese encuentro contó en realidad entre los decisivos, y no hubiera querido perderlo, aunque aún permanece como el más problemático, porque si bien me ha enseñado a sentir que era no sólo un individuo, sino una mujer — cosa no tan implícita en quien se había construido como yo y muchas de mis compañeras — no me ha inducido a sentirme mujer antes y más que cualquier otra cosa. “Tú no sientes la prioridad de la diferencia sexual como has sentido la de la diferencia de clase”, me sermoneaba una importantísima feminista. Tiene razón. No la siento.

Peor aún, de vez en cuando la siento como una coacción de género, por lo tanto general y genérica, que no por ser verdadera es menos elaborada y cultivada que ese clasismo que se quería prioritario no sólo como fuente de lucha, sino alfa y omega del quehacer social/político, incluso medida moral, y con el cual yo había hecho un pacto interno de fidelidad y de no totalización. Sin embargo, la identidad del sexo es la intuición de una dimensión inmensa, antes no vista por mí e infravalorada. ¿Dónde cesa la problematicidad, la fascinación de la “diferencia” y comienza, al menos para mí, una cierta asfixia, un “menos” en lugar de un “más”?

Ahí donde lleva la dificultad de conjugar la contradicción del sexo con las contradicciones de los poderes sociales —exactamente como en el movimiento comunista de una cierta época, con su énfasis en el “enemigo principal”, entendido como el eje del cual se deriva todo y al cual todo se reduce: esquema exclusivo, excluyente. Y donde una figura oprimida (con más motivaciones que en el movimiento obrero) se hace el fundamento de una ética, de alguna manera ya dada y presente en la identidad sexual. Y la separación del sexo se convierte en fin en sí mismo, en lugar de reapropiación, de división y de incomunicación con el otro sexo, en rechazo.

No es que yo no sienta la necesidad, y una cierta paz, en la relación aparte que se ha ido construyendo con las mujeres y entre las mujeres. De pronto ellas se me volvieron legibles e interesantes como en un tiempo me lo parecían sólo algunos hombres, y más aún, yo me volvía legible en ellos. No está en cuestión la certidumbre de que los sexos son dos, y dos las ópticas con las cuales se ven a sí mismos, al otro y a los tejidos y valores de relación con el mundo: al contrario, me sucede con más frecuencia que las cosas del mundo se me aparecen más transparentes a través de los ojos o la figura de una mujer.

Cuando fui a Irpinia un año después del terremoto, en ese noviembre que se volvió más rígido por la inmovilidad de las ruinas y por el silencio que sobrevino a la vuelta de los meses, al archivar a los muertos y posiblemente a los vivos, aquella conmoción, no sólo telúrica, se me desplegó a través de las palabras de una mujer: Melania. Tengo en la mente la cara, la voz, el apellido, lo que hace. Era la testigo más radical, más comprometida, menos tradicionalmente protestaria y más acusadora y engañad: la que había vivido el terremoto como catástrofe y ocasión, destrucción y recomienzo posible. La única que quería darle todos los sentidos a lo que había sucedido. Así, el extravío del grupo dirigente cubano me resultó más palpable a través del suicidio de Haydée Santamaría, una hermosa mujer, ya no joven, a la que recuerdo asediada por niños y por deberes internos e internacionales, símbolo de la revolución. El 26 de julio de 1952, Haydée había participado en el asalto al cuartel Moncada, había visto el fracaso en el polvo y la sangre; aherrojada y encerrada, la hicieron escuchar las descargas de fusilería que mataron a su hermano y a su hombre, le arrojaron al regazo los ojos que le arrancaron al primero y los testículos que le arrancaron al segundo. Esta mujer había atravesado todos los horrores privados y las fatigas públi-

cas, y en los años difíciles era una autoridad moral, entre las pocas de las cuales Fidel aceptaba una intervención equilibrada y tolerante. Cuando, otro 26 de julio, no sé si en su oficina o en la casita de la playa de madreporas, tomó el fusil y lo utilizó contra ella misma, no fue ciertamente por una falla de la lucidez. Habló, con ese gesto, un lenguaje sin ambigüedad.

Y también cuando una mujer me indica, a través de sí misma, no el fondo de las cosas sino el fondo de sí misma, afrontando el trastocamiento de todas las cartas recibidas, de todas las reglas interiorizadas, de todos los puntos de vista que le han enseñado y la repentina falta de apoyo que de ello deriva, conmocionando los términos del propio destino, veo en esta mutante la fascinación de una reconquista de sí misma que quizá los hombres no saben cumplir todavía. Así, me encantan algunos escritos de mujeres en los cuales hoy vuelvo a ver las intuiciones del pasado y el nudo de este ser para sí y no para sí —pensadas por otro sobre el cual se reflejan como la más problemática de las imágenes, que las priva de poder y hasta de temas. Y me fascina, ay de mí, el fantasma de nosotras que el otro ha producido y que, como todos los espectros, tiene algún perfil, obligadamente, del cuerpo que sustituye; el modo con el cual el hombre nos ha pensado, porque es verdad que suyo era el lenguaje y suya la cultura, no sólo las reglas públicas sino, a menudo, las reglas privadas del juego. Como un espejo se devuelven un sexo al otro, y se necesitan y se temen recíprocamente. Las primeras feministas decían que el hombre nos ha consagrado como vírgenes o como putas; sí, pero también como Lilith, la primera mujer a la que ha entrevistado y temido: la que fue creada al mismo tiempo, no después del primer hombre, y se fue del Edén, dice la antigua leyenda hebrea, porque no lo soportaba, y desde entonces se afana, madre de hijos muertos, en busca de hijos ajenos a cuya cuna sonrío, la seductora que todo hombre conoce dentro de sí mismo, la inapresable, potente e infeliz, la sin reglas. No hay hombre que haya escrito de nosotras que no la haya conocido y no haya retrocedido ante ella; no hay hombre joven que en estos años no haya sentido, en la formación de una identidad femenina diferente, la lejana respiración de Lilith.

Así, me ha parecido que el descubrimiento de la “diferencia” entre los sexos duplicaba todo el saber, todo lo investía de una luz diferente, de un diferente punto de fuga, y multiplicaba al mismo tiempo sus perspectivas y las facetas de su crisis, que es una crisis de relación de la cual

quizá también hemos extraído, por primera vez en la historia, la posibilidad de “ver”. Y que esto era verdad sobre todo para nosotras las mujeres, sobre cuya piel se deslizan antiguos criterios de juicio, y que de golpe pasamos de un saber solamente recibido y rechazado al máximo, a un ojo crítico del saber hasta ahora producido. Son las primeras conciencias cuya intuición, por simple y radical que fuera, de la bisexualidad de lo pensado cambia el significado de sí propia (no soy la que me han dicho que soy) y la relación con el otro (él no es como cree que es). ¿Y cómo no había de ponerse al otro, también, frente a sí mismo?

Desde que el feminismo me desplegó el sentido de la condición de la mujer, el desdoblamiento de la experiencia me ha parecido una mina; ni una sola contradicción ha permanecido en el lugar en que estaba. Yo esperaba que esta toma de conciencia de nosotras cayese, por así decirlo, con todo su peso, sobre el mundo, personal y público, del hombre, acelerando y problematizando todos los procesos de descomposición de los poderes; dando y recibiendo “más sentidos”.

Pero no está sucediendo así. La caída de los otros movimientos no ha reducido a cero el poco clamoroso desborde, entre las mujeres, de una irreversible y diferente manera de verse; la “diferencia”, así, es percibida ya como identidad, o base de ésta. Y acaso no cuentan mucho los diluvios del feminilismo tradicional (todos firmados con el insolente “*Et que vive donc la différence!*”) que nos imponen los massmedia o Karol Wojtyla o aun el moderno empresario ecologista, que pone casa fuera de la ciudad pero mantiene una esposa dentro para hacerse cargo de ella. Esto es acaso residual; un simple coletazo. La tendencia fuerte, y no importa que sea todavía minoritaria, está investida de alguna manera por el nuevo feminismo, usado, plegado, maltratado como se hace con los instrumentos vivos. Pero donde éste es fuerza de investigación, busca en sí mismo las razones de una autonomía de la mujer, la cual tiene menos interés en la subversión de las relaciones sociales que pone en cuestión, que en la construcción de un espacio propio: su lugar, en el cual ser mujer está sobre todo lo demás, sin ninguna otra determinación.

De las mujeres me ha venido, pues, paradójicamente una exigencia divergente: sucede que se piensa en la concreción de lo singular, “partir de mí misma”, la persona aparentemente menos reducible a la abstracción del logos generalizante, y sucede que se piensa una como “género”, del origen al fin del universo; bien entendido, con algún interés por la historia, pero en lo esencial más allá de la historia, como constatación de

cómo es difícil frecuentar a la persona sin un gancho, con una definición que se ponga antes y después de ella, y por medio de la cual se le reconozca. No ha sido siempre así. Si ocurre ahora será porque en este siglo las ideas más interesantes han tenido las dimensiones de una historia en transmutación; en pocas palabras, porque se ha pensado en grande. O porque ahora la incapacidad de dominar intelectualmente lo que ha sucedido en los territorios de la aventura colectiva ha vuelto inseguro al individuo, que busca algún principio de conformidad. De las bandas juveniles a los trepadores, nadie sabe estar solo sin sentirse una figura dramática. Son tiempos de miedo, de fuga.

No sé si la metafísica de la "diferencia" sea, en las mujeres sagaces e inteligentes que me hablan no sin afecto y no sin desconfianza, una fuga. Observo solamente que así se manifestó en mí, por la cultura que he escogido cuando me estaba formando; para mí ocurrió entre los dieciocho y los veintidós años, en la arreciada de la guerra y de la primera posguerra, y en el silencio de aquella biblioteca de arte que se hallaba en el patio de la Rocchetta en el Castillo de Milán y parecía soportar tanto las bombas (había sido una sala del tesoro: los hombres han defendido siempre sus bienes más que sus propios cuerpos) como la disgregación de las ideas. Guste o no, allí están mis raíces.

Y así pues, antipositivista como soy, ¿quién me convencerá jamás de un destino biológico que estaría en el fondo de la diferencia sexual, por siglos asumido como negativo y ahora, por algunas, como positivo? Mujer porque se está "más cerca de la naturaleza"; mujer porque se está "más cerca del cuerpo"; mujer porque se es la ineluctable reivindicadora de las "madres". Todas me parecen proyecciones de una larga travesía histórica, la de los cuerpos incluso, transformadas en arquetipos más allá, primero que nada, de la conciencia: datos de la filogénesis.

Antimetafísica como soy, ¿quién me convencerá de una esencia femenina porque, en un cierto grado del desarrollo de la vida animal, somos sexuados (olvidamos pronto que seguimos siendo, en mucho, bisexuales) y de tal división deriva un principio de conocimiento y de ética, por encima y por debajo de lo vivido? La nietzscheana "guerra mortal entre los sexos" me parece, entre los pensamientos del filósofo, el más fechado y el más respetablemente fastidioso; lo encuentro en todos sus contemporáneos, mucho menos iluminados que él (que ha visto a Lilith, y acaso podamos decir incluso en qué intrépida y, en resumidas cuentas, solitaria señora).

A mí me basta y sobra el perfil social de la división de los sexos, y el problema teórico que comporta para mí: cómo se superponen y separan las actuales contradicciones de clase, las de los poderes desiguales en economía y en política, y una contradicción que traspasa el capitalismo y sus formas, la cultura y sus formas, se afina y desaparece, y es la contradicción entre lo masculino y lo femenino. Hay seguramente un superponerse, en el sentido activo de intercambiarse y reforzarse, y seguramente un separarse y, trataré de decirlo rápidamente, que es el retículo que sostiene, me temo, el conjunto de mis intervenciones.

Del superponerse y el interactuar me ha dado razones esa tradición, más marxiana que progresista, de la cual, por lo demás, han partido muchos grupos anglosajones y por breve tiempo también el feminismo italiano. Aun cuando nacía en el corazón de los movimientos, con algún elemento marxiano tomado de las versiones anarquistas e historicistas, pasando por todas las vulgatas posibles, reivindicaban esa tradición; aunque Marx se teñía en ella, a veces, de Babeuf. Pero sobre todo porque encontraban en ella una elaboración: una explicación, si no de sí mismas, de gran parte de la condición femenina:

Ésta está basada, como puede advertirse, en dos ejes: el primero es que, a diferencia del masculino, el cuerpo de la mujer aparece, por así decirlo, en la sociedad organizada, como “propiedad”, es decir, como algo mercantizable; en segundo lugar, que a ello se atribuye una parte de la división del trabajo social que, incluso sobre la base de la maternidad (aún hoy —no podemos decir que también mañana— no usurpada al sexo femenino), asigna a la mujer las obligaciones de la reproducción social en su conjunto: no sólo “hacer” los hijos sino criarlos, organizar la alimentación y el reposo del hombre, vestirlo, hacerlo recuperar las fuerzas, asistirlo, en fin. Esta división del trabajo no es simétrica, en el sentido de que raramente le tocan a los hombres las tareas de la reproducción, y a las mujeres les tocan a menudo también las tareas de la producción: en la economía campesina y después, de un salto, en la capitalista. (Una situación en cierto modo aparte es la de la situación femenina en la economía mercantil; a primera vista parece ligeramente más paritaria.) Naturalmente su naturaleza de cuerpo inferior, que puede ser no sólo sujeto sino también objeto, hace que en el campo de la producción la mujer haya sido por siglos, de hecho aunque no por ley, también infrapagada, y normalmente utilizada como ejército de trabajo de reserva —siempre teniendo en cuenta que su “lugar” principal es otro. Ninguna ley de

tutela del trabajo femenino es promovida sino a partir de este mandato implícito.

De aquí deriva, entonces, una posición inferior en el orden simbólico: la ley, la polis, dispone “de ella”, y hasta hace menos de un siglo no da a la mujer el poder de disponer de sí misma ni de las cosas públicas. Se puede suponer que esta celosa reserva del dominio de los terrenos de la reglamentación social, que garantizaba al macho dos planos de la existencia —el público y de construcción de la historia, y el privado donde reproducir la satisfacción de las necesidades de la infancia—, proviniese de una convicción profundamente introyectada de que la reglamentación era injusta: en otras palabras, que el derecho de las mujeres a intervenir en las decisiones públicas hubiera trastornado, tarde o temprano, las reglas del juego en la división original del trabajo, además de la posesión del propio cuerpo. A una convicción análoga parece responder el hecho de que el trabajo de reproducción no era nombrado, permanecía invisible, que es algo además “no pagado”, todo lo cual volvía el “discurso” de y sobre las mujeres un evitable accidente en el discurso sobre la polis. O bien la sacralidad que circunda la familia, definida contra toda evidencia “célula social fundamental”, cuando que es el lugar típico de la “antisocialidad”, de lo no reducible a las reglas de la sociedad externa, sino sujeto al directo e inapelable dominio del padre.

Podría continuarse, y observar cómo vivimos un inicio de alejamiento de estas divisiones, por qué sucede tal cosa y por qué las normas de la costumbre son más lentas en seguir esos cambios. Pero lo que me importa decir es cómo este tipo de razonamiento, en estricto sentido marxiano (aun si los partidos comunistas lo han dejado a un lado, por su naturaleza ideal, en gran parte a-marxista y progresista), da cuenta de la condición femenina como condición de opresión, tan introyectada y secular que producía ese “no pensarse autónomo” que no solamente Luce Irigaray ha aclarado tan bien, y que ahora todas y cada una de las mujeres que reflexionan sobre ellas mismas “siente” perceptiblemente subyacente en sus relaciones con el hombre, por muy perturbadas que se encuentren.

Hasta aquí no hay contradicción entre la interpretación de la organización social y la interpretación de la contradicción sexual. Y no habría tampoco en el nivel histórico, si es verdad que la demostración histórica a contrario que se suele derivar de las revoluciones ocurridas

no rige en un análisis de su naturaleza real (progresistas y no socialistas en un sentido marxiano, ya que mantienen la división social del trabajo, el Estado, formas de la reproducción social, etcétera). El problema comienza allí donde no se trata de leer la condición femenina, sino de proponer una política de las mujeres y de sus fines, partiendo de un detalle que intrínsecamente no está en el ideario marxiano, es decir, hacer de la experiencia de la diferencia sexual, que ha sido lugar y forma de una singular opresión, la base de la “liberación”.

Esto no ha ocurrido nunca en los movimientos sociales de emancipación ni en los movimientos revolucionarios; los primeros tienden a conseguir, para una minoría o a veces para una mayoría oprimida, los derechos y los modos de vida y los valores de la clase dominante; los segundos apuestan a un trastocamiento de los valores, que no significa sino la proyección de los valores de la minoría o mayoría oprimida en “valores” para ellos mismos o para todos. Marx nunca pensó (aquí también de modo diferente a los socialismos reales) que el obrero fuese portador de valores (simples, honestos, laboriosos, etcétera); ello es herencia del pietismo que luego pasará a los partidos y a los movimientos cuando se convierten en grupos, de manera diferente aun en los más innovadores.

Pero también es verdad que ninguna opresión tiene la densidad histórica de la opresión femenina. Está hecha de exclusiones, pero también de asignaciones de un papel complejo, no de pura servidumbre, que en diversas medidas el hombre, su cultura y su lenguaje debían, contradictoriamente, reducir y exaltar; para las cuales la expropiación y la idealización corren parejas. Y en fin, la singular y con frecuencia dramática riqueza del territorio me resultaban evidentes, la casuística de los derechos y poderes parcialmente ejercitados en todo ello (en una forma parcialmente análoga y paralela a la masculina en otras partes), en pocas palabras, el reino de los sentimientos, de las relaciones de los cuerpos, de la seducción, han dado lugar a una doble elaboración: la fantasmática del hombre sobre la mujer, y la elaborada por el sujeto femenino, o mejor dicho, de las mujeres singulares en sus muy concretas vidas vividas. Que no hayan tenido un lenguaje codificado y la dignidad de las culturas escritas y públicamente enseñadas no significa que no existieran. Y acaso no existan más que como interjección, ironía, puesta en duda, duplicación inquietante (el caso de las brujas) de lo social y del rito. Detrás de cada una de nosotras están los siglos de lo vivido y pensado por las mujeres, reflejo y crítica del reflejo, asistematicidad del yo

diferente. Esta historicidad no dicha, o mejor aún, no codificada, si no de madre a hija, tiene un espesor muy diferente de aquel de cualquiera otra minoría social, dentro de la cual, por lo demás, se reproduce la contradicción del sexo (aun si es aparentemente más débil ahí donde la opresión de ambos sexos es fuerte, y por lo tanto es considerada clásicamente como contradicción prioritaria).

¿Qué continuidad, qué ruptura con este oscuro patrimonio nuestro podemos tener? ¿Y qué continuidad o ruptura con la elaboración cultural que está a nuestras espaldas y delante, como si se produjera igualmente por hombres y mujeres, y cuyas reglas ciertamente no son las únicas posibles? En los discursos de las mujeres y en sus propuestas políticas encuentro incólume el dilema, y algunas veces vuelto de revés. Alguna busca en las vidas femeninas y en sus saberes una otredad que incluso en su específica limitación constituiría un valor —ya no como servicio del otro, sino como “otro modo de ser”. Alguna más, en el esfuerzo de individualizar el signo sexual que marca el saber y el lenguaje mismo, concluye —sobre las huellas de la primera Irrigaray— que, no pudiendo pensarse ni decirse con instrumentos propios, un sedimento nuestro sobre el cual asentarnos no existe. Muchas, en fin, al descubrir cómo la hegemonía de un sexo había signado el quehacer de la historia aun cuando se convierte en palabra y se transmite, y al revelar por lo tanto la presunta objetividad, anulan como “no nuestro”, inutilizable, lo que no proviene de nosotras; o bien lo utilizan pero clasificándolo como externo, tomando las distancias de todo signo o concepto que no lleve testimonios directos de la existencia de los dos sexos, y por lo tanto de los dos puntos de vista registrados desigualmente.

No quiero pasar por alto lo que está en la base de estas tesis. Por ejemplo, si el no igual poder social de las mujeres fuese una inexistencia de lo femenino, que de ninguna manera pudo hacerse transparente a la historia, más que en los pocos lugares separados de los cuales queda alguna huella, sin jamás desdibujarse en los códigos redactados por manos masculinas; mas ¿la mujer no era acaso una presencia potente en lo vivido y en lo fantasmático por el hombre? Así en una exigencia no menos compleja, donde el sexo determina la experiencia entera del cuerpo y de la mente, en forma directa o indirecta, o donde la diferencia no se delinea, como en la naturaleza, en el interior de una “forma” humana que es cuanto nos distingue, a hombres o mujeres, de los otros animales; ello sería en verdad lo “neutro” de la especie humana que se ha sexuado

sin dejar de reconocerlo; y en su conjunto recorre un camino de posiciones que por ser socialmente asimétrico y sexualmente no igual no por ello no ha dejado de determinar un tejido espeso de relación, el uno sobre la otra y viceversa. Es algo no dicho por mis feministas, que menosprecian con energía mis (débiles) reclamaciones sobre la importancia de lo político y sin embargo hacen de su discriminación en este terreno la base de una ecuación indebida: “No teniendo poder en política, no tengo poder.” ¿Y los poderes tremendos de la afectividad, de la seducción, de lo maternal? En ese universo privado destaca el metro con el cual se miden los derechos; fueran “inexistentes”, en familia las mujeres han sido al mismo tiempo sometidas y potentes, y en la pareja dudaría hoy en negar lo femenino como mera realización del deseo de él.

Es obvio que el acento puesto sobre la disparidad de la formación de la comunicación y de su código parece llevar a las mujeres que proponen “una política” a apuntar esencialmente hacia una autonomía del sexo, de la cual tendríamos una propia cultura y un lenguaje propio, al grado de configurarse solamente configurando una sociedad separada. Ello me parece el objetivo intrínseco del “pacto entre las mujeres” o de las tesis de la “confianza” o de la “mediación sexuada” (un coaligarse de una mujer experimentada y fuerte con una menos experimentada y por lo tanto más débil), delineando un confín del cual, recíprocamente protegidas, surgiesen resueltamente “en los intercambios sociales”. No para anular a los hombres, y acaso ni siquiera en verdad para cambiarlos; sino para existir como intrínsecamente diferentes de ellos, con algún terreno de comunicación y muchos de incomunicación, fundando socialmente un sexo femenino simétrico del masculino, y estructurado sobre la abscisa del género (mujeres) y sobre la ordenada de una jerarquía (mujeres que se reconocen diferentes de los saberes y de la autoridad).

Si a estas dos proposiciones —que son las que se han articulado en Roma y en Milán— se añade el trabajo enérgicamente emancipador de las mujeres socialistas y la afirmación de las comunistas por un área de “doble ciudadanía” en el partido, que intenta abordar todos los temas, sin olvidar la propia “diferencia” —un pacto de fidelidad crítica al partido junto con una declaración de ineliminabilidad de lo “específico” de las mujeres—, y que parece sumamente ajena al sedimento meramente progresista (discurso sobre las promociones, filosofía del crecimiento y del “progreso”, abstracción de las reglas, etcétera), —tal es el cuadro de las “políticas” frente a las cuales me encuentro.

Y por primera vez en mi celo activista: no tomar posiciones “por” ni librar grandes batallas “contra”. No “por” la emancipación porque la conozco, considero útil que cada mujer enfrente este escollo, pero no creo que la paridad de los derechos y de los chances —que es su objetivo— será alcanzado sin un cambio fundamental de la estructura y de la cultura. Valores y límites de la emancipación me resultan evidentes. También las ilusiones. ¿No he creído, con no poca arrogancia, que con un mínimo de condiciones sociales dadas —en democracia, en presencia de una posibilidad de instrucción— en el fondo podía emanciparse toda mujer que así lo deseara? Y sin imitar necesariamente el modelo viril. Me he movido en un terreno masculino por excelencia sin sufrir los afanes de la competitividad; sino combatiendo, lo cual es diferente. Contra aquello que me parecía intolerablemente injusto en el universo de los hombres y también, sí, contra el mar de indiferencia en el cual a menudo se ahogan las mujeres.

No tengo problemas en hacer “un pacto entre las mujeres”, en rendir cuentas de lo que hago y no hago: y rendirlas también a mí misma. Pero en este pacto yo no tengo ninguna animosidad hacia su “enemigo”: no soy enemiga de los hombres. ¿Cómo podría serlo? ¿No están ellos, también, en su “virilidad”, determinados por una historia que los enjaula; no se debaten entre las contradicciones y negaciones de lo personal; no se plantean una pregunta semejante sobre ellos mismos? Ahora, hoy, ayer. No he conocido, en la época y en el lugar en que he nacido, padres/patrones; no puedo hablar a nombre de esas hijas. Ni de esas esposas. En cuanto a la cultura y el lenguaje, son el aire que respiro, y si hoy me indican el aspecto secundario de un signo sexual, no por esto los anulo, y mucho menos los reduzco sólo a eso. Si se debiese renunciar a los libros porque han sido escritos mayoritariamente por hombres, me lanzaría por la ventana. Y luego están los hombres concretos con los cuales me he cruzado, de lejos y de cerca, a lo largo de mi camino: ya una vez he dicho que no tengo cuentas que cobrarles. Me han ayudado con frecuencia, otras veces me han combatido, pero por las ideas que, casi siempre con otros hombres, yo defendía. No recuerdo que hubieran querido cortarme las piernas. No estoy enterada de que hubieran querido destruirme. A veces he advertido más bien una hostilidad de parte de algunas mujeres; pero mi posición de relativo privilegio lo explica. No tengo enemigos sexuales.

En cuanto a un mundo separado de mujeres que, de dos en dos, se construyan una presencia fuerte y capaz de contractualidad, respetando

dos órdenes, el de género/sexo y el de la relación de confianza de mujer a mujer, no tengo dudas de que podría funcionar; una organización se construye así, aclarando quién es el enemigo, separándose, y dándose unas reglas internas y una jerarquía. ¿Entonces? Por el momento este compactarse y este encerrarse para vencer no me interesa, está consumido en la experiencia de este siglo, en la cual hemos aprendido que los medios utilizados para vencer hacen cambiar de color las victorias. No quiero convencerme y que nadie me convenza, persuadida como estoy de que a nada está más inclinada la mujer que a una dependencia y nada le es menos natural que caminar con sus propias piernas. No cuento a la que no cree posible ninguna liberación sin relaciones iguales, sin incursiones dentro del territorio "adverso". Y en cuanto a la toma de los palacios de invierno, las mujeres la han descubierto tarde —y corren el riesgo de habitar los mismos palacios, en alas separadas, con los mismos rituales y relaciones de subalternas con el jefe.

En fin, en cuanto toca a las propuestas de las mujeres comunistas, me interesa la tensión que está destinada a crear en un gran partido; y sobre todo el hecho de que se concibe como una tentativa de cubrir totalmente su horizonte desde el punto de vista de la "diferencia"; el ser una de las escasas perspectivas ideales que se da. Pero de ese partido salí, expulsada, y puedo definirme por excepción como proveniente de la "sociedad de las extranjeras". Cada uno tiene su propia historia. La mía me pone al margen de las elaboraciones de los principales grupos feministas italianos; y deja al margen lo que quiero. Como he dicho hace poco, yo querría que todas las elaboraciones femeninas se precipitasen sobre el mundo y lo trastornaran; y que en este trastorno redefiniésemos la sexualidad y su límite.

Y aún no desciendo al campo para desbaratar ninguna de las ideas ni de las prácticas que estos grupos proponen. ¿Es un reflejo político clásico lo que me hace preferir estas tesis a la propagación de la estupidez que, a través de los medios de comunicación, tiende a situar a la mujer donde siempre ha estado? Ciertamente es también esto. Pero no es sólo eso. Es que la búsqueda de las mujeres es también la mía.

¿Cómo mía, si disiento? Es mía porque todas estas elaboraciones me conciernen, por más adversas, parciales, constreñidas a callar una parte que sean; y esta parte surge desordenadamente pero es perceptible, rica en las reflexiones que de aquí en adelante muchas mujeres cumplen sobre sí mismas y en la mirada que echan sobre su propio trabajo. Es un

universo difuso, emergente, elocuente a veces en lo colectivo, a veces en lo individual —escucha, si escucha. Yo soy de aquellas que escuchan y a veces hablan. He tomado la ciudadanía de ese mundo.

¿Debo dar razones? Sonreirían mis amigas, sorprendiéndome en medio de lo “sentido” más que de lo “pensado”. Porque en verdad que entre las ideas y las culturas al uso, ninguna me aburre más que la que ha venido escribiéndose sobre el “logos”, la crisis de la razón, lo racional y lo irracional: con ello los intelectuales han pasado por alto una crisis personal ofreciéndole cartas falsas, evasiones por medio de una bibliografía, enemigos postizos, reducciones de la memoria. Para derrotar el pensamiento del siglo veinte, se ha construido una imagen fingida; es una circunstancia totalmente europea, de la cual se salvan algunos alemanes y casi todos los norteamericanos. Pero ha vuelto a ocurrir.

Digamos que, para una como yo, que siempre ha concebido la elección de sí propia como una categoría de la pasión —razón/pasión, la verdadera, quien la ha frecuentado en la investigación sabe de qué hablo— no ha sido perturbador el descubrir que estaba solamente “de parte de las otras”; sino que las otras son mis hermanas. Llega una edad en la que entre las hermanas se desea el bien, afloran las exigencias últimas, se reconocen las afinidades, la propia finitud se convierte en una plenitud, no en un vacío. El encuentro con el feminismo me ha dado esto: buscaré siempre todo, pero soy una mujer. Esto, entre quienes ahora me encuentro, no se trata de un *también* sino de alguna manera —ahora me acuerdo— de un *a priori*.

Pero es comprensible que lo viva como exploración, más que como un plan de batalla, como investigación incluso de mí misma, más que como ardor sectario, como otra dimensión más bien que como sacrificio de dimensiones notables y que son mías. Mis nuevas amigas en el fondo me lo consienten, aun cuando lo hagan con cierta irritación. Aun si me enfrentan a preguntas legítimas: Pero tú, ¿cómo has vivido interiormente el ser mujer? Y no lo sé bien. ¿Cuánto —en mi vida libre, en la medida en que puede ser libre una vida— he introyectado en las relaciones con “él”, en el terreno personal, las órdenes de mi madre, la fragilidad de lo singularmente femenino? ¿Y en el trabajo? Acaso la tendencia a ser segunda en las grandes decisiones; mis compañeros/hombres, que me juzgan prepotente, darán un salto. Y diferente, más lejano, más cercano, menos decisivo, este deslizarme en las tradiciones que me consiento a veces: el llanto, la soledad de todas ante el espanto que se apodera del otro frente a tu sufrimiento

(y quizá más cuando aparece en una mujer como yo, casi una traición de la propia imagen fuerte, un embrollo); o el concederme una vaga solicitud de protección, de ser tratada bien. Y la dulzura un poco muellemente femenina: el ocuparme de la casa, cuando se me antoja; mirar los escaparates, cuando se me antoja; perder una hora en un pecaminoso shopping, cuando se me antoja; oírme decir “pero qué bien cocino”, cuando se me antoja. Quedarme en lo que se me sugiere como algo debido a mi cuerpo, al maquillaje, al vestido. Esto no es “ser mujer” sino “hacerse la mujer”. Las mujeres lloran de impotencia porque en verdad sufren coacciones, piden ayuda y no la reciben, no son bien tratadas, no son vistas como figuras fuertes que han de elogiarse o atacarse. Compran, no hacen shopping; cocinan, no preparan alguna cena; limpian la casa todos los días, y muchas también las casas ajenas. Yo vivo la ambigüedad de la condición femenina, de la que aprovecho las escasas mieles.

Y más aún, me acosan las amigas: como mujer, ¿cómo te ha ido? ¿Con el otro, con el sexo, con la falta de maternidad? Pero a esto no responderé. No conozco todavía las palabras para hablar de esa relación entre hombre y mujer, que no creo que sea muy diferente de la relación entre mujer y mujer u hombre y hombre cuando interviene la pasión, y que en el encuentro de los cuerpos completa su desnudez —porque a eso se llega enteramente despojados, expuestos, indefensos. Más que con el sexo, eso tiene que ver con la inquietud de la persona, que pide del otro o de la otra —ese otro o esa otra— la legitimación que no encuentra en sí misma, una seguridad, una absolución. No creo que en esta necesidad la mujer sea ahora más indefensa que el hombre; sino sólo en el sentido de que él, en general, se llena la jornada, y tiene en cuenta la carencia que una negación de sí —que tal es el rechazo del otro— lo socava por dentro con el automatismo de los plazos laborales. Mientras que ella, a menudo, está sola en la casa, donde el teléfono ni siquiera suena. Una vez más, creo que la vastedad del “territorio del corazón” es en las mujeres un producto del vivir social; no creo en nuestras particulares virtudes o dependencias, sino como un tejido de experiencias que se ahondan en los siglos, de saberes contradictorios, de profundidades e ignorancias paradójicas, de las cuales nos estamos volviendo conscientes. Pesan sobre nosotras. ¿Pero queremos cargar con un pasado más ligero? Nuestro momento privilegiado es que ahora podemos medirlo.

Obstinadamente, las preguntas sobre mí *también* como mujer —también— me relacionan con todas las preguntas. La fatiga consiste en que

con el paso del tiempo el terreno de la comprensión y del desconcierto ante la libertad se vuelve más grande, los instrumentos se deterioran, y la percepción del retraso se hace más obsesiva. Pero a este desafío no sabría yo renunciar: a las mujeres les reprocho que lo reduzcan. Cualquiera de sus reiteraciones me aburre. Quien haya pretendido cambiar las reglas del juego no se contentará con jugarlo, como mujer, con más ases en la manga.

Así, mi conversación con las mujeres revela una cierta soledad. En la insistencia por comunicarme, en la imposibilidad de resignarme, en el querer cambiarlo todo. ¿Y por qué hoy me parece que todos mis trabajos, acaso más a fondo, pero sólo sobre el propio horizonte, que mis intervenciones en los años difíciles tienen un fondo amargo, algo de no historicado, no crítico, irreductible a mi propia insolencia: una melancolía, un miedo? Acaso una cierta cólera. Por lo no hecho, lo disipado, lo retrasado. Los silencios, el no entender, el no entenderse, el dividirse, antenas facultativas del extinguirse.

¿O es el modo con el cual he tratado de leer que lo que ocurría y me ocurría estaba fechado, consumado, es decir, ya mudo? Escribo contra la distancia creciente de esa comunicación sin la cual ninguno de nosotros —o acaso no yo— está seguro de ser en el mundo, sino como el paso casual y repentino de un guijarro iluminado en el cielo de agosto.

noviembre de 1986

Traducción: **David Huerta**